

# La tibieza en el lenguaje

*Fernando Alcázar de Velasco*

## I

Tuve ocasión de escuchar en la barra de un barecillo la conversación que mantenían un par de sujetos de cabeza rapada, vestidos con extrañas prendas repletas de remaches, insignias, etiquetas, carteles, toda clase de colgajos, un tubo de spray asomando del bolsillo, botas militares y muñe-  
 queras con pinchos. Uno de ellos era chato y el otro tenía la frente en forma piramidal. Decía el chato:

—Osea, joé, macho, tío.

El otro contestó:

—Joé, tío, osea, macho.

Momento de silencio.

—¿Osea joé? —preguntó, después de pensarlo mucho, el de la frente piramidal.

—Pasa, joé, tío —respondió el chato.

—Undá, joé joé, pasa macho, tío, pasa, osea pasa, joé macho, osea.

—Joé macho.

—Macho, joé, osea.

—Joé, osea (oseá) tío pasa-tío, osea, joé.

Habían terminado las cañas y el de la pirámide, dirigiéndose al camarero pidió:

—Osea.

El camarero, sin duda dotado de facultades mediumnicas, sirvió otras dos.

La conversación siguió por nuevos derroteros y yo permanecí escuchando con mucho disi-

mulo, porque ya se sabe que la observación de un fenómeno altera el mismo fenómeno que se observa. Yo suponía que, desde luego, aquellos dos sujetos no estaban matizando sobre los conceptos de «ser y devenir» o tratando la teoría cinética de los gases, pero por debajo de cosas parecidas, bien pudiera ser que ese lenguaje hermético, exclusivo de selectos iniciados, escondiese algunos sustanciosos puntos de vista sobre tal o cual cosa, sobre esto y lo de más allá, que yo intentaba averiguar lleno de intriga. Continuaron:

—Macho, tío qué pasa.

—Osea, joé, macho... tío-tío, massho macho, osea.

—¡Joé-tío! —se indignó un interlocutor— ¿Pasa? ¡Tío, pasa macho!

—Vale, macho osea —condescendió humildemente el otro.

La cosa era muy interesante, porque al trinar de los pájaros, al croar de las ranas, al mugir, al piafar, al aullar, al rugir y a todas estas otras formas de lenguaje hay que conceder una superior variedad de voces con respecto al modelo que tenía ante mí. Era inaudito pero ¡se estaban entendiendo! Era una misteriosa clase de esperanto suburbial y me hizo pensar que los efectos de la maldición babélica continúan operando sobre la psique del hombre. Aquella conversación enig-

mática se prolongó por espacio de treinta minutos más, hasta que llegó un tercer individuo de similar apariencia externa, pero cuyo saludo estuvo aun por debajo del umbral de elocuencia de sus congéneres. Por toda expresión utilizó la fórmula de las vacas, topando con los hombros, en los hombros de los otros dos. Y no dijo más hasta que un rato después, se marcharon arrastrando los pies.

—¡Uh! —se despidió del camarero.

## II

La política ha conocido desde siempre toda la inmensa fuerza contenida en el nombre de las cosas. Si se tiene un control sobre los centros emisores de modas idiomáticas se tiene igualmente acceso a las herramientas para la manipulación de las voluntades sobre las que se opera. Esta actividad se realiza no solamente sobre las líneas maestras de la formulación lingüística, sino que, en su forma de mayor eficacia actúa sobre los nombres de algunas cosas, tomando las palabras de una en una, considerándolas en sí mismas como elementos que contienen una potencia.

Ahí va un ejemplo: El del término «soberano» al que presumi-

blemente alguna influencia hizo variar de sentido. Teóricamente, debería servir para enaltecer calidades, para utilizarse en la definición de valores excelentes, pero en virtud de la distorsión operada sobre el término, por su uso común se dicen cosas como «soberana tontería», «soberana medtedura de pata», etc. En estos casos «soberano» se usa siempre para designar una carencia o situación defectuosa o de algo malo como en el caso de una «soberana paliza», sin que existan, curiosamente, excepciones como por ejemplo podrían serlas «un soberano éxito», mas acorde con el justo sentido del término («elevado, excelente y no superado»), que por la fuerza del uso resultan extraños al oído, mientras que una «soberana borrachera» es algo perfectamente aceptado. Es obvio que alguna fuerza difusora consiguió retorcer el uso del término, de modo que impercibidamente quedaba lesionada en lo común de las conciencias su opinión sobre la monarquía.

Otro ejemplo a señalar es el referido al término «parir», en el que alguna desgraciada intencionalidad enemiga de la vida ha conseguido volcar todo el peso demoledor del descrédito y que puso en circulación el término «parida» para expresar un dicho o un acto de extrema necesidad.

De idéntica forma han caído en el saco del emborronamiento, palabras de tan importante sostén en la arquitectura de la psique colectiva como «beato», «cultura», «libertad», «caridad» y un largo etcétera que no hay tiempo de traer aquí.

La formidable cosa es que con el contenido y peso específico de cada una de esas palabras ha sido también destruído el desarrollo práctico que contenían. Ha dejado de estar en «uso» la caridad

cuando la palabra (que casi da grima a estas alturas de la historia del lenguaje) ha sido triturada dentro del común de las inteligencias. Ha dejado de influir en la voluntad de todos aquellos en quienes el nombre se ha emborronado dentro de su ámbito psíquico. Destruir la palabra es destruir la fuerza práctica que contiene.

Cuando los escrutadores de los «signos de los tiempos» buscan las causas de tales signos, suelen olvidar frecuentemente que —además de todos los ingredientes que se barajan habitualmente— deben incluir el ataque directo a las palabras, tomadas ellas de una en una, sobre las que se vierten valores extraños a su entidad.

Uno de los objetivos más evidentes de quienes así operan en la manipulación de las palabras, es el de generar un estado de cosas en que todo sea tibio, poco radical, poco íntegro, mediocre. No conviene a estos que del pueblo se susciten individualidades ni muy buenas ni muy malas, ni muy bestias ni altoespiritualizadas, ni muy esto ni muy aquello, ni muy su afín ni muy su contrario. Mediocridad, en suma, es el objetivo, cualquiera que sea el credo religioso, político, ético al que se pertenezca. Fuera la integridad, es la consigna.

Así pues, vemos el vocablo «ética», en el que se quiso volcar la moral y como no cabía, hinchándose la palabra, se rompió derramando cuanto llevaba dentro. El pasado por lejía de algunos gremios, también debe ser considerado en esta misma dirección: Las sirvientas, por ejemplo, pasaron por dos fases. Primero se hicieron llamar chachas. Cuando lo de chacha perdió su carácter desvirtuador originario y sobre él cayó todo el peso peyorativo del oficio (no se por qué había de

serlo), apareció el paliativo ridículo pero suavizante de «tata» y apenas se atisba el comienzo de una nueva desvalorización, este gremio pasa a ser el de las «empleadas de hogar» y creo que en algún lugar de Europa (no sé si en Francia), se les llama nada menos que «agente polivalente de la economía doméstica».

De la misma forma, los labradores son «trabajadores del campo»; los protestantes «hermanos separados»; las enfermeras «ayudantes técnicos sanitarios» (a mí me gustaba más lo de enfermera); las prostitutas «mujeres de la vida»; los invertidos (palabra que ya está suplantando a otra), travestis, gays y heterosexuales; los negros «morenos»; los delincuentes «marginados»; la gente «el personal»; los tontos «subnormales» y un etcétera hasta nunca acabar.

En el mismo sentido hay actualmente golfadas que pasan por ser «desajustes contables» y así un sin fin de casos, que tienen por objeto empalidecer sabores. Esto entraña una doctrina de lo blandengue, asumido como norma de conducta, una como escuela de «no ser del todo nada», una consigna (que se obedece dócilmente), de pérdida de autenticidad, con emborronamiento de la sana intransigencia en la propia fe, cualquiera que sea el credo de uno u otro signo al que se pertenezca, fabricando la sociedad de los que no son ni fríos ni calientes. La propia palabra «blandengue» se disfraza para pasar desapercibida y colar su consigna encubriéndose bajo el término «light» («lai» en castizo coloquial), con lo que se soslaya lo íntegro, se huye de lo completo, y se hace que lo entero nos asuste. Lo cabal se tiene por exagerado y se hace ley de vida la adopción de lo medianillo. **A**